

—El espacio cruel va á ponerse entre nosotros con sus climas cambiantes y numerosos. ¡Pero que muera en seguida el olvido! Al borde de esta tumba apenas hollada, cerca del que adorábamos por su gracia valiente, os abrazo, Jean Fischart, y abrazamos su fantasma, á fin de que este instante sea inmortal.



VII

Shakespeare se despertó. Tenía ardorosas las manos, y para refrescarlas las paseó sobre sus rudas sábanas. En el cuartito se deslizaba un pálido rayo de sol, iluminando los muros de madera amarilla, incrustada de dibujos: «El Nacimiento del Cristo,» «La subida al Calvario,» «Magdalena al pie de la Cruz,» un gran aparador de madera oscura, la estufa de porcelana y la estrecha alcoba en el fondo de la cual se hallaba el lecho.

—¿En dónde estoy?... Es la segunda vez que igual sorpresa... Ayer ya... Sí, me han dado las señas... ¡Cómo arde mi cabeza! En Dinamarca... en casa de unos buenos aldeanos... Me recogieron... Los merodeadores... los bandidos... Me he defendido y he caído... He perdido mi caballo, mi espada, mi alforja... ¡Oh mi viejo Plutarco usadísimo! ¡La nieve, la nieve, la nieve! ¡Muerto Readway, Fischart desaparecido!... ¡Queridos y dolorosos amigos!... ¡Vete de aquí, rayo burlón!... Llegas hasta esta caja, especie de ataúd en que estoy acostado... Todo me asombra... como si naciera de nuevo... ¿Es la fiebre? Extrañas ideas me cercan. Llevan trajes demasiado brillantes y hacen gestos para conmovirme. Creo que si llorara, no solazarían las lágrimas mi corazón hinchado de angustias.

La puerta se abrió lentamente. Entró una delicada silueta: la de una joven. Era de un blondo pálido y estaba vestida

de una bata gris ornamentada de rojo. El poeta notó sus ojos claros, sus mejillas manchadas de algunas pecas oscuras, sus manos delicadas y algo gruesas. Llevaba con grandes precauciones un *bol* sobre una bandeja de estaño. Se acercó á la alcoba.

—¿Habéis descansado, mi pobre señor? Tomad esto . . . los enfermos tienen siempre sed.

Hablaba con voz dulce y grave, en correcto y puro alemán. El poeta, después de apagar su sed con la leche, le interrogó:

—¿Os he visto ya?

—Muchas veces desde que os han traído aquí; pero habíais perdido el conocimiento. ¿Sois extranjero?

—Inglés. ¿Cómo os llamáis?

—Aino Peterson.

—¿Vuestros padres me han salvado la vida?

—Mi padrastro os halló desmayado en la nieve, hace cinco días. Unos bandidos os habían atacado, desbalijado y abandonado allí. Cuando os han acostado gemíais muchísimo y creíamos que estabais horriblemente herido; pero el médico nos tranquilizó: «En cuanto pueda comer, quedará curado.» Toda la noche la habéis pasado llamando á vuestros compañeros y á vuestro caballo. Bebíais la leche con aire malvado que me hacía reír, porque sabía que estabais fuera de peligro.

—¿Qué aldea es ésa cuyos techos veo desde la ventana?

—Nuestro país, Hadersborg, en Dinamarca.

—¿Estoy cerca de Copenhague?

La joven sonrió.

—No he ido allí nunca. Ahora los trenes van á prisa. Se atraviesa por Fiornia, donde ha nacido mi madre, los Belt y Seeland. Dicen que es una ciudad soberbia.

—¿No me decíais ayer que cuando me desnudaron me encontraron muchas cosas escapadas á la voracidad de los ladrones?

La joven se dirigió al aparador y trajo á William su cinturón, donde quedaban sesenta monedas de oro, y la carta de Readway. Shakespeare suspiró de alegría.

—Aino Petersen; mientras yo viva, vuestra linda cara despertará en mí la ternura y el agradecimiento. Recta ca la luz, como hoy, seréis para mí un querido y un maravilloso recuerdo.

Ella se ruborizó mucho, le hizo una reverencia burlesca y se fué con una gracia ligera.

Shakespeare acababa de almorzar con la familia Petersen, en la sala del piso bajo. La puerta estaba de par en par sobre la única calle de la aldea, adormecida de nieve; pero nadie tenía frío, porque un fuego de sarmientos, vivo y claro, lamía las altas paredes de la chimenea y en medio pendía la marmita. El techo estaba cruzado de enormes vigas relucientes. Sobre los muros, violentamente coloreados, se sucedían leyendas y escenas religiosas. Por la ventana podía verse el jardincito, de una blancura uniforme, la barrera negra y el campo.

Aino y su madre (Catalina) servían la mesa. Se parecían de una manera extraña; y á pesar de algunos cabellos grises, Catalina parecía muy joven. Sacaba con gran rapidez de los pesados armarios de cobre esculpido, la vajilla, las botellas y las conservas de pescado. Casada en segundas nupcias (viuda del padre de sus hijos) adoraba á su *segundo*, Crik Petersen, robusto mozo de cara cuadrada, de facciones inteligentes, quien sentado frente á William, comía glotonamente, empujando en la boca los trozos de carne con los dedos. Ella le chequeaba, le daba empujones, le escogía los mejores trozos y se reía viéndole reír con las mejillas llenas y las sienas arrugadas de glotonería. Hjalmar, el hermano de Aino—precoz niño de unos diez años, pálido, abotagado, cara espesa, iluminada por dos grandes ojos de un azul húmedo, cabellos tan pálidos como los de su hermana, frente desproporcionada y gestos torpes, permanecía silencioso á un extremo de la mesa, como alelado ante el alimento; y de vez en cuando miraba á su padrastro con ojos cargados de odio.

Crik, por décima vez contaba á Shakespeare cómo le había salvado.

—Volvía yo de un trabajo urgente en Apenrade..... Mujer, dame un poco más de ese arengue. Se funde en el paladar..... Y lo gracioso es que yo creía oír gritar..... Ah! vuestra posición no era envidiable.

—¿Me habéis traído á cuestras?

—Ya lo creo; no había otro remedio. No os moviais; pareciais un cadáver. Y frío..... un témpano de hielo.

Un hombre entró, tosiendo y gargajeando, erizado de abrigos de pieles como un gato viejo. Sacudió sobre el umbral las botas, de las que saltó un polvo de hielo.

—Salud, tío Jacobo. Vamos; un traguito con nosotros.

—Dios os guarde. Tengo leguas en las piernas.

Desembarazado de sus pieles, mostró una fisonomía lacrimosa. En su barba y sus cejas brillaban cristales de escarcha. Bebió beatamente é hizo chasquear su lengua y dijo otra vez:

—Tengo leguas en mis piernas.

Luego, mirando á Shakespeare:

—¡Ah! ¿es el señor?..... ¿No se ha sabido nada de los merodeadores?

—Nada.

—Hace cinco años que no sucede nada igual. Es la mala sombra.

Sacudió satisfecho la cabeza y se sentó cerca de la chimenea.

Durante el silencio que siguió á estas palabras, saboreó Shakespeare la beatitud. Había escapado á la muerte. La atmósfera era tibia, voluptuosa por Aino, interesante por Hialmar, pintoresca por el lugar y la hora. Esos seres que le rodeaban, esos muros ornados, la perspectiva nevosa, tomaron de pronto para él un relieve maravilloso, una irradiación de ensueño. Las almas se abrieron hasta el misterio, confesando sus recuerdos; las miradas grabadas en el fondo de ellas, las pequeñas circunstancias agrandadas por el destino, las fuentes del gozo y de la venganza.

—Defórmate según mi imaginación, tío Jacob; presta á la necesidad dramática tus miembros secos, tus lacias arrugas y tu capa de piel de oveja. Aquí, en plena quietud, empujado por

el azar, has traído una fatal noticia y el calor del hogar no prendió el frío de tu espanto. Lo que acabas de decir y lo que ignoro han trastornado á este pillete, á Hialmar, y su joven corazón tiembla de colera, mientras su hermana, de tez blanca, siente el amor. Así palpitan á través del espacio sentimientos contradictorios. Los padres no han comprendido y sus actitudes están tranquilas. Así resultan mejor las sacudidas ambientes en la sensación como la carne en el hueso y que tiendan los nervios de los espectadores; palabras semejantes á confesiones breves, á gritos de agonía, mezclados de intelectual y de feroz. En verdad, los arreglos ordinarios de la vida no son para mí más que preludios de alguna circunstancia trágica; y todos, más ó menos, del rey al vagabundo, tememos la caída del sol. La selva de nuestros gestos, el mar de nuestras lágrimas, el cielo de nuestras sonrisas, esperan, en una falsa seguridad, alguna tormenta irresistible.

Crik se levantó.

—Podéis calentaros, tío Jacob. Yo voy á trabajar. Se está construyendo un cercado con habitación para los bueyes, á la entrada del pueblo. Es una buena precaución en invierno.

Besó á su mujer y á Aino y cogió en un rincón su paquete de herramientas y su hopalanda. Desde la calle, enviaba besos á Catalina. Hialmar tuvo una mueca de asco.

—Yo recogeré leña con mi hermana—dijo, apretados los dientes.

—Y yo os acompañaré,—añadió William.

Los tres salieron y pasaron por la cuadra. Allí pateaba y coqueteaba Frólle, el caballo gris, el amigo de Aino. La joven le llevaba siempre, después de comer, alguna golosina y acariciaba su morro obscuro. Le felicitaba propósito de sus dientes, los descubría sobre los ojos y los besaba.

—Lo quiero tanto que sueño con él casi todas las noches. Y estoy segura que él sueña conmigo. Le cuento mis alegrías y mis penas. Las escucha y me consuela frotando su buena cabeza velluda contra la mía. Cuando estoy alegre, e ante baila con sus orejas. Una vez, que estaba en el patio pronto

para irse al campo, me vió en la ventana llorar..... Verdad que rompiste aquel día la jáquima, mi bello amigo, para probarme, así tu ternura? Si paso junto al muro, aunque la puerta esté cerrada, me adivina y relincha de una manera particular. Cualquiera diría que busca mi nombre. Aino. . . . Aino. . . . viejo sinvergüenza adorado. . . . es una palabra bastante difícil de decir para un caballo. Tu gruesa lengua no es bastante flexible.

Y se rió, pegada la cara contra la sien á la que se mezclaban sus cabellos pálidos. Su actitud tenia algo de tan fino y de tan apasionado, que el poeta se conmovió deliciosamente.

La llanura formaba bajo el cielo descolorido un inmenso espacio de nieve lisa. Subía de ella como un vapor azulado. Hacia la derecha, humeaban algunas chimeneas y se distinguían filas de árboles de un negro intensísimo. Shakespeare marchaba entre Hialmar, taciturno como de costumbre, y su hermana de mejillas que el frío hacía muy rosadas, y muy arrebujada en un manto de lana. Shakespeare se asustaba de las largas líneas hechas de puntitos, regulares, rectas ó dibujando figuras geométricas trazadas sobre la blanca extensión, hasta el último límite del horizonte. Algunas parecían más delgadas y producidas por saltitos; otras más espesas, formadas de cinco apoyos bien claros. Aino le explicó aquellas diferencias.

—Estas son las huellas de los cuervos. En cuanto llega el otoño, llegan aquí gritando horriblemente y saqueando los nidos de los pájaros. Estas son huellas de zorros. ¿Veis las marcas de las patas, semejantes á estrellas y la cola que dibuja el haz apretado de una escobeta? Vagan en derredor de las granjas y no saben que se les sigue la pista. Pero si llegan á cojer una gallina, corren tanto que no hay quien los agarre.

William, ante esos singulares vestigios, á los cuales él mismo añadía su huella, pensó en el visible trayecto de los héroes á lo largo del camino humano.

—Si alguno de los bandidos que me han atacado, halla registrando en mi alforja, mi Plutarco, y lo comprende, los más famosos capitanes serán para él zorros y cuervos cuyas pisadas sigue uno á través de los siglos.

—¿En qué pensáis? Parecéis triste.

La voz harmoniosa de la joven interrumpió su reflexión.

—Yo me decía á mi mismo que se considera uno tan dichoso en vuestra casa, que acabar esin duda, por olvidarme, en Hadesbourg. Y estaré muy viejo, muy cascado, sería demasiado tarde para volver á mi país.

—¿Qué edad tenéis?

—Veinte años. ¿Y vos?

—Diez y siete. ¿Es bella la Inglaterra?

—Según mi corazón.

—Entonces ¿por qué os habeis alzado de ella?

—Creí que era para instruirme en los hombres y en las cosas. Noto ahora que era para conoceros.

La joven hizo una mueca esquisita y sacudió la cabeza sin responder.

—Me aburro—dijo Haimar, bruscamente.—Volveré para comer.

Y se alejó sin que su hermana hiciera algo para detenerle. Durante algún tiempo se vió sobre la nieve su corta silueta rechoncha.

—¿Pero qué tiene vuestro hermano? Parece atrozmente melancólico.

La joven suspiró.

—Es un pobre enfermo. Me asombra que no se haya confesado con vos. Desde que nuestra madre se ha vuelto á casar, ha cogido odio á su padrastro. Sin embargo, Erik le quiere mucho. Pero Haimar parece un lobo. Todo el día se lo pasa devorado de cólera en un rincón; y de noche, porque su cuarto está al lado del mío, le oigo levantarse y amenazar algo invisible: «Perro, perro, ladrón, te mataré, te cortaré el cuello.» A veces golpea con violencia los muebles y el muro, ó solloza y gime. Es para todos nosotros una gran pena. Porque así la existencia es penosísima. A pesar de la gran paciencia de Erik temo lo que sucederá.....

—¿Recordáis á vuestro padre?

—Sí. Era mucho más viejo que mi madre y de temperamento triston. Acariciaba mucho á Haimar quien entonces era muy niño. A mí, casi nunca me miraba.....

Habían llegado á un bosquecillo. Los árboles parecían muertos, y sobre el aire lívido tendían sus ramas secas y descarnadas.

—Se desconsuelan—dijo William.—Imploran el sol. ¡Hosca estación; mudas distancias! ¿Este no parece torcido por la desesperación? Llama socorro; agoniza. ¡Ay, mi dulce Readway!

—¿Qué nombre es ése que repetiais en vuestra fiebre?

—El de un amigo bello, noble y fiero. Ibamos á través de la Alemania. En Kiel se ha batido con su rival, un negro caballero, y ha dejado en nuestros brazos el despojo del más valiente de los poetas.

Se detuvieron. Una bandada de cuervos, graznando, se perseguía por el cielo apagado. Había en los ojos verdes de Aino una indecisa bruma sentimental. Esa soledad helada daba á Shakespeare una necesidad de calor, de ternura. Cogió la mano fría de su compañera. Ella no se opuso. El se acercó á ella. La joven tembló, y sus miradas, á las que él juntaba las suyas, expresaron el gozo y el temor. Luego sintió contra su boca dos breves labios de hielo, que tuvo trabajo en apartar. Pero el contacto en seguida se hizo tibio y más dulce que un ensueño. Con un brazo alrededor de un cuerpo vibrante, bebió largamente en la blanca extensión esa alma cándida. Sobre las praderas de nieve, los gritos de los pájaros sombríos y las siluetas de las ramas significaban la muerte. También ellos, unidos uno contra otro, imploraban la voluptuosidad y la vida. Cuando separaron sus bocas, William cayó de rodillas ante la joven, abrazó sus piernas nerviosas y le besó el traje, engañando su deseo con palabras de amor.

Volvieron silenciosos á la casa, envueltos en un pronto crepúsculo de color violeta, al cual sucedieron tinieblas color de ópalo. El campo parecía una red de bruma y obscuridad. Una marea de nubes pálidas se alzó donde brillaban las luces de Hadersborg. Iban cogidos de la mano, rozados por esos espectros rápidos, y sus dedos, enlazados, creaban un nuevo sér, al cual Aino daba la pasión, el poeta un torbellino de sentimientos confusos y la noche septentrional su aliento de misterio.

Cuando entraron en la sala cálida é iluminada, Catalina Peterson bordaba, é Hjalmar, hundida la cabeza entre las manos, reflexionaba contemplando el fuego vivo de la chimenea.

Adorables fueron los días siguientes. Aino, transformada por el amor, revelaba instrucción, prolongaba el instinto. Nunca los besos eran bastante ardientes ni los abrazos bastante largos. Después de comer, se esperaban. La llanura blanca les sirvió de refugio. Con voz algo salvaje, de matices rudos, la pequeña danesa cantaba al poeta los *aires* más lindos del país, perfumados de las pasiones sencillas que expresaban sus transportes. Comprendía ahora el sentido de esas palabras felices que pronunciaba antes á ciegas; y él, sin que ella pudiera contarle, seguía en aquellos ojos cambiantes el progreso de la llama divina. El espiaba la metamorfosis.

—¡Mi adorado! ¡mi adorado!—repetía ella cogiéndole las manos.

Y estas simples palabras tomaban cada vez más savia haciendo estremecer sus almas. En cuanto llegaban á la cerea de árboles muertos, en la cual sus siluetas dejaban de ser visibles, ella le estrechaba á él con una flexibilidad de gatita, eubriéndole la cara de mordeduras rápidas y candentes; le abrazaba hasta ahogarle casi. Y cuando sus bocas fatigadas se separaban, ella conservaba la suya entreabierta, cuajada de una sonrisa extraña. Y él, inclinado sobre ella, admiraba la pureza de sus facciones, sus narices palpitantes, sus párpados transparentes, su frente ligera en donde comenzaban los cabellos por un corto bello blondos.

Cuando se cansaban de caricias él le contaba historias. A ella le gustaban terríficas, á fin de sentirse al abrigo de su fuerza. El invocaba hadas y gigantes, ogros de cara de víbora, y deliciosas princesas dormidas despertadas por un caballero acorazado de oro. Prestaba á sus heroínas la cara de Aino, y ella se reía; echaba atrás la cabeza rodeando con sus brazos el cuello de William y cortando la historia con sus labios. Ella deseaba la ciencia fatal. Como su pudor era extremo, le violentaba, creyendo así acercarse al gran misterio, y él se en-

ternencia de esas investigaciones. La amaba casi hasta la muerte. Supuso que acababan de matarse, que la nieve caía sobre ellos, y como las piernas de ambos vacilaban realmente, se dejaron caer en la blanda pradera helada. Se quedaron como muertos durante largo tiempo, y cuando se levantaron parecían salir de un féretro.

Ella no le preguntaba nunca por su país, ni por su familia, ni por su pasado. Le aceptaba desconocido, cargado de sombra, como su sombrío paisaje cuando volvían, al caer la noche. Sabía sólo que era un poeta, que adoraba las nubes, la escarcha, los pobres árboles de corazón helado y las baladas más antiguas cuyo relato es una campana monótona. Cosa maravillosa: su voz ganaba en amplitud, y desde que cantaba los sufrimientos del abandono, el poeta adivinaba su herida. Criatura sensible, solamente aguijoneaba su deseo la imagen cruel del dolor. La manera con que entonces ella le abrazaba, significaba: «Te irás muy pronto. Yo quiero gozar del amor.»

Ni Erik ni Catalina sospechaban nada. Durante la comida hablaban de sus negocios y trabajos cotidianos. Uno al lado de otro, Aino y William, seguían su ensueño á través de los menores episodios de la familia. A menudo la joven se levantaba, iba á buscar un plato humeante, lo colocaba sonriendo graciosa sobre la mesa, y Shakespeare miraba su andar suelto y su talle fino envuelto en la lana de ornamentos rojos. Las tertulias de la noche eran cortas. El tío Jacob, algunos vecinos—siempre los mismos—buenas gentes de fisonomías borrosas y pastosas, iban á beber á casa de los Petersen la infusión de yerbas hirvientes aromatizada de alcohol. Hablaban del rudo invierno, de los animales, de los muertos y de los nacimientos. El tic tac de un grueso reloj de madera acompañaba las conversaciones. Los Reyes Magos, recostados contra el muro, proseguían su inmóvil cortejo. Las llamas de las chimeneas disminuían lentamente y de pronto alzaban altas luces color púrpura. Shakespeare percibía un gruñido sordo. Hjalmar, en un ángulo, como una bestia feroz, manifestaba así su asco y su odio.

Un día el niño habló aparte al poeta:

—Sé que amas á mi hermana y que mi hermana te ama. No me importa. Pero no os dejéis sorprender. El pillo se alegraría mucho.

—¿Hablas de tu padrastro?

—Sí, del miserable que me ha robado á mi madre y arrojado de su corazón el recuerdo de aquel á quien reemplazó.

—No parece mal hombre.

—Es para que le odie más. Su dulzura es un engaño. Me teme, te lo juro, y cuando le miro, vuelve la cara. Cree desarmar mi rencor. ¡Ah! ¡qué! es desgracia ser tan pequeño y no saber conducir un puñal!

Los ojos azules se hacían feroces. La imagen del asesino se pintaba sobre la cara descorida y temblorosa.

—Si cometieras ese crimen abominable, se moriría de dolor Catalina, sin duda.

—¡Y qué importa! La mujer que olvida al padre de sus hijos lo merece todo. Además, no sucederá nada de eso. Soy demasiado débil. Un día quiero y al otro día vacilo.

Es probable que huiré de casa. Mendigaré. Trabajaré. Iré á la guerra y me figuraré que maté á Erik. Entonces estarán satisfechos. Podrán abrazarse sin miedo. No puedes imaginarte lo angustioso que es despertarse de noche (porque duermo al lado del cuarto de ellos) por el infame ruido de sus besos.

Aino se había llevado á su cuarto á Shakespeare. Era una habitación estrecha, semejante á las otras, con el techo y los muros abigarrados. Desde la ventana baja se veía la calle de Hadersborg y el torbellino de una ráfaga de nieve. La estufa roncaba. La joven abrió un pesado armario de roble, mostró las tablas cubiertas de inscripciones, y dijo:

—Mira, adorado mío. Aquí están marcadas, desde años y años, las fechas principales de la familia. En los Peterson ha habido marinos y soldados matados en la guerra. No recuerdo ya los detalles, pero esas cruces significan los muertos, las más pequeñas nacimientos. Los cuadrados recuerdan las grandes heladas, los círculos la sequedad ó la venta de los animales. Hay nombres que no puedo leer.

—Vestigios distintos á los de los cuervos—pensó el poeta

—pero su sentido es el mismo. ¿Quién sabe si la memoria fiel no ha guardado las huellas de los antepasados cambiadas en emociones y en ensueños, y sin duda nuestras agitaciones, nuestras angustias, y nuestros temores no son reminiscencias? Esos velos del alma tras los cuales se agitan tantos dramas oscuros, se me aparecen como sudarios y todos nuestros estremecimientos proceden de los muertos.

Contempló largamente las raras figuras de madera pulida cuyos contornos había casi borrado el tiempo. Ella apoyaba su cabeza ligera sobre el hombro de William, y á través de esa virgen enamorada, la fuerza del pasado. El penetraba más. ¡Pobre Aino, qué lejos estaba de él! Como nunca—ni aun con Plutarco ó los cronistas, ni aun en las largas reuniones nocturnas de Stratford—como nunca—ni aun con sus amigos Schorrel, Fischart y Readway en medio de las antiguas ciudades de Holanda y de Alemania—nunca había, como como en aquel momento, visto subir la marea del tiempo, océano de sepulturas que bate sin tregua nuestra carne rápida:

—Mi vida lucha contra esas ruinas. Quisiera resucitarlas. Tengo en mi bastantes marinos y guerreros para arrojar en el mundo los Petersen, todos los pilletes inscritos sobre este armario. Uno solo de mis sentimientos complejos hasta para reanimar á cualquiera de esos seres simples. Y tengo momentos de fiebre capaces de sembrar un ejército.

La dulce vocecita llegó á dominar su orgullo:

—¡Llevo tres días sin ver á Srolle! La culpable es tuya. No puedo querer cosa que no seas tú, y me olvidas, malvado, aun cuando estás junto á mi corazón.

William comprendió que la sensibilidad de la niña se exaltaba de una manera peligrosa, y que por el solo contacto un poco de las imágenes de él pasaba al sér de ella. Pero la joven admiraba su piedad. El la habló mucho. Pero ella adivinaba su distracción. Él afectó un silencio conmovido. Pero ella adivinaba su egoísmo.

—Hay otras mujeres en tus besos.

Esta frasele estremeció, porque pensaba en Mary, su amiga de la infancia, cuyos cabellos, de una finura igual, estaban

perdidos con la alforja; y deploraba la fuga de los sensaciones sencillas. Una tristeza hosca le invadió al no poder desterrar de su pensamiento la angustiosa reflexión.

Una tarde que William había ido á recibir á Crik y á Catalina, notaron á la entrada de Hadersburg un grupo de personas alrededor de un frineo. El que lo conducía—un viejo robusto—envuelto en magníficas pieles, interrogaba á los aldeanos:

—Vengo de Hamburgo. Voy á Copenhague ¿Los Belt están helados? ¿No podré pasarlos?

Las respuestas fueron afirmativas.

—No ha habido invierno más rudo. De seguro que hay en los estrechos una capa de un metro de hielo, y no había que temer el deshielo, puesto que comenzaba el mes de Febrero.

El viajero, entonces, se informó de una casa donde poder pasar la noche, alojar su vehículo y sus caballos, pues contaba seguir al día siguiente su camino. La ocasión le pareció buena á Shakespeare. Siguió al hombre y se puso á conversar con él. Se llamaba Rollin, director de teatros, por oficio y nómada por gusto de la aventura. De Alemania, en donde había regulado unos asuntos, iba á reunirse á Copenhague con su compañía. El poeta, viendo aumentarse sus probabilidades de buen éxito, se ofreció á él como un cómico inglés experto. Charlaron de teatro, de dramas y comedias. Rollin, encantado del encuentro, recitó con énfasis paisajes de Plauto y Terencio. Parecía de una bondad extrema, muy satisfecho de sí mismo y deseoso de dar consejos.

—Sois joven. Puesto que así lo queréis, os contrato. Os perfeccionaré. Empezaréis haciendo papeles inferiores, y si sois dócil, os elevaré al primer rango. ¡Lo más raro es un galán joven, un galán joven! ¡Ah! antes yo he sido galán joven y cuando, atravesado de un puñal, me arrastraba á los pies de la infiel, nadie podía contener las lágrimas. Conque, hasta mañana. En cuanto amanezca, cuento con vos.

Cuando William anunció, con mil precauciones á Aino su brusca partida, ésta se quedó inmóvil y muda, más pálida qu

nunca. Sus labios temblaban. Estaban solos en la sala del piso bajo. Las llamas de la chimenea bailaban arrojando reflejos sobre los muros, y la mesa servida esperaba á los habituales convidados. Al fin, la joven murmuró:

—Lo sabía. Giolla me lo había avisado. Las cosas dichas duran muy poco. Pero cuando todo el mundo se haya dormido, iré á verte. ¿No es la última noche?



VIII

Una violenta impresión de obscuridad y de nieve, un hervor interno de imágenes líricas: tal fué el recuerdo que conservó Shakespeare del trayecto de Hadersburg á Copenhague. La charla de Rollin rozaba sus orejas distraídas, sin llegar á su espíritu. El trineo, mudo, rápido y ligero, arrojando ante sí un polvo blanco, atravesaba llanuras de un azul immaculado, bosquecillos de árboles muertos. Los pasos de los caballos sonaban sobre los puentes de madera. Deteníanse en algunas aldeas. Casas de abeto, sacudidas por la borrasca, bebidas calientes, fisonomías honradas y apacibles, simples existencias grotescas alrededor de una estufa. El uniforme aspecto de esos actos.

El poeta, envuelto en pesadas pieles, azotado el rostro por una ráfaga cortante, veía de nuevo los incidentes de los últimos meses, las nobles casas de sus amigos. Con una claridad fantástica, oía las voces de Schorel, de Fischart y de Readway.

Echaba de menos tantas cosas buenas y tiernas que pensaba á cuenta de ellos y que no había dicho, retenido por un pudor sentimental. Pero esos hijos de humanidad osada y generosa crecían, se agrandaban y agrupaban en su alma. Se cambiaban en héroes antiguos, adornados de fuerza é inteligencia y les prestaba acciones sublimes. Combinaba extrañas circunstancias en donde brillaban sus cualidades, en donde sus palabras se hacían proféticas, en donde sus gestos abraza-